

Problemas Cafeteros

Miguel VALENCIA M., I. A.

(Especial para la Revista "Facultad Nacional de Agronomía").

El sensible decaimiento de numerosos cafetales, en municipios considerados desde hace cuarenta años como verdaderos baluartes de la industria, decaimiento que se hace más ostensible si se analiza el rendimiento de la producción por unidad, nos hace pensar que para el cultivador ha de llegar una hora, en que vuelto sobre sí mismo, tratará de alejarse de sus viejas tácticas, para enrutarse hacia nuevos sistemas que ante todo, se acomoden a la realidad económica y al avance técnico, que en materia de explotaciones agrícolas ya se vislumbra.

La baja del café —indubitable secuela de la guerra europea— creando gravísimas dificultades al gremio más meritorio del país, ha propiciado sin embargo el advenimiento de una era de verdadera reflexión y de cuidadoso estudio, en torno a las maneras que se deben adoptar en los plantíos, para asegurar un *mínimum* en el costo, con un *máximum* de rendimiento en las cosechas.

Los ensayos que el cuerpo técnico de la Federación Nacional de Cafeteros, adelanta en diferentes lugares con verdadera diligencia, están indicando en forma inequívoca, que sin muchas dificultades se puede llegar a triplicar la producción, aún en cafetales de tipo medio, que venían desmereciendo desde años atrás por la ausencia absoluta de métodos racionales,

en materia de sostenimiento y defensa de las reservas del suelo.

En Antioquia, de manera especial, las empresas cafeteras sufren las terribles consecuencias de la erosión, disminuyéndose diariamente el espesor de la zona del suelo penetrable a las raíces del cafeto y restringiéndose funestamente la absorción de los nutrientes, que aquél necesita para sus funciones biológicas. Se hace para estas nuestras tierras, indispensable una campaña —que por fortuna ya se inicia— que tienda a mantener en el suelo, el juego continuo de las bacterias tan decisivas en la descomposición, aprovechando los troncos de plátano, las hojas que naturalmente deja caer el sombrío y que a veces forman un verdadero acolchonamiento con muy lejanas probabilidades de incorporarse al suelo, y la pulpa de café, en los hoyos o cajuelas que se abren en el suelo entre los árboles, con una profundidad que afecte el subsuelo siquiera en veinte centímetros.

La "cajuelada" podría hacerse en una forma metódica, de tal manera que en el transcurso de poco tiempo, el árbol podría ocupar una posición ventajosa, que le permita ampliar su sistema radicular, facilitando la asimilación y rindiendo más tarde óptimas cosechas, sin demostraciones de desequilibrio.

La erosión, por la acción misma de la soltura del suelo después de la cajuelada o ahoyada, disminuye sus efectos; el agua en lugar de arrastrar el material de la superficie, se filtra y tiende a mejorar el medio físico; la descomposición de los residuos vegetales que yacen en los hoyos, no se hace como antes en la superficie, sino en la intimidad del suelo y entonces las raíces buscan allí los productos de la descomposición, mejorando rápidamente la apariencia misma de cada árbol.

En Fredonia, se inició en una de las varias fincas en donde la Federación activa sus demostraciones, un trabajo de la-

boreo del suelo a base de cajuelas y picada, en el mes de marzo del presente año. Los árboles, después de una cosecha anormal aparecían debilitados, cloróticos y como renuentes a la nueva foliación; en junio, pasados tres meses, cuando regresamos a revisar los trabajos, los árboles se mostraban nuevos, daban la más perfecta sensación de fortaleza; hojas nuevas unas, otras habían doblado el tamaño. Las raíces que antes habitaban casi en la superficie —obra de la tenacidad del suelo— se encontraban ya en el interior de las cajuelas en verdadera profusión.

Esto no era obra accidental: el suelo, después del laboreo, empezó a acondicionarse física, química y biológicamente hasta traducirse su mejoramiento en la transformación total del cafetal. Y en la misma región de Fredonia, después de año y medio de labor en este sentido, se contempla ya el caso de que en ocho fincas se haya casi duplicado la producción, siguiendo aquella línea de conducta.

Trabajos de esta naturaleza, requieren desde luego un aumento en las inversiones y quizás una conveniente selección de la zona cultivada dentro de cada una de las fincas y con mayor razón, si éstas son de gran tamaño.

Esta última circunstancia, resulta de cierto modo benéfica, porque el agricultor puede limitarse a trabajar la parte de su fundo que más fácil reacciones al mejoramiento, con un costo inferior. Hay aquí una a modo de selección del plantío. Porque es el caso que, actualmente, muchos agricultores están invirtiendo las ganancias de sus cafetales que se hallan en buenas condiciones, en el sostenimiento de otros que anualmente dejan grandes pérdidas y que la economía manda abandonar y ocupar, por ejemplo, con pastos, en donde el ganado representa mejor papel por la leche, por la cría y esencialmente por el

estiércol, que luego vendrá a contribuir a la mejora de los cafetales que sí están en condiciones de seguirse cultivando.

Aún para el pequeño cultivador resulta más económico el cultivar tres cuadras en una forma racional, que siete, empleando medios puramente empiricos. La prueba está que muchos de nuestros pequeños cultivadores no tienen en sus cafetales un rendimiento superior a treinta arrobas por fanegada. Otra cosa sería si no se diluyera tanto el trabajo: hasta podrían obtener tanta producción en tres cuadras como en las siete, con gastos muy inferiores. Aquéllos, apenas alcanzan a dar dos malas desyerbas, de modo que en lugar de incorporar materiales al suelo, van haciéndolo todos los días más compacto y las pocas reservas que aún quedan, el agua se encarga de barrerlas.

Nosotros estamos seguros de que esta nueva acción, encauzada como va y ayudada por el Gobierno, mediante la ampliación y mayor democratización del crédito, cambiará completamente el rumbo de la industria cafetera y conservará para el cultivador del precioso grano, aquella primacía que lo ha destacado siempre como el verdadero creador de la riqueza nacional.

Cuando nuestro agricultor, con un veinte por ciento de aumento en el costo de producción haya alcanzado a duplicar y aún a triplicar el rendimiento por cuadra, lo que no es difícil, puede decirse que habrá cambiado sustancialmente el rumbo de la economía, pues ya no mirará con pavor el rápido descenso de los precios, tan común en épocas como la que atravesamos.

Miguel Valencia M., I. A.